

El gato con zapatos

A los trabajadores de Puerto González, con ocasión de la huelga, Fraternalmente.

Por FABIAN DOBLES

Pues es lo que yo digo: quién mete a los gatos con zapatos y a los ratones con calzones. A mí quién me ponía a autorizarme a grande con aquella ocurrencia de hacerme "foreman" de finca bananera. Y como quien dice a las cansadas, porque para entonces de cada dos pelos uno ya se me había desteñido a blanco y mi buena canastada de años me había echado a la espalda.

Yo le debo a mister Smith el haberme puesto a entrar por aquel aro, o mejor dicho fué el mister éste quien me lo quedó debiendo a mí. Les confieso que no me vino mal el nuevo empleo, porque hasta las fechas mis andanzas por los banales de la Yunait me habían dado apenas lo que un hueso con hormigas puede echar de jugo y carne a un perro: haber vivido unos dos años a lo buey suelto, sudándome la gota gorda y robándole las vueltas a la malaria con arrempujones de quinina, y ni un cinco de sobra en el bolsillo. Tanto que ya me estaba zumbando en la cabeza la idea de regresar a mi nidal de San Jerónimo, y volver a empezar en cualquier cosa. Porque ¿saben?; yo me he vivido los años comenzando. Y me digo que a saber si allí está la gracia de la vida. Estar como quien dice va de nacer y renacer cada comienzo de invierno y cada final de verano, mirando para adelante y haciéndose de cuentas que toditico se renueva con cada sol que sale. Y de ahí, asina, no hay cosa que nos duela por perdida ni cosa que, si es nueva, nos deje de intrigar y parecer sabrosa. Bueno, le dije a mister Smith, voy a pensarlo. Y a poco más, un día amanecí nacido "foreman" de finca de bananos, con hombres que mandar y cuentas que rendir a la Frutera, y les aseguro con franqueza que este cristiano viejo se sentía algo asina como cohete de fiesta. Ah tontería de mí. Como si por aquello ya hubiera sido otro mucho más encumbrado, cuando lo que me había sucedido, aunque ni me lo anduviera imaginando por entonces, era que me había enzarzado en el disparate de ponerme zapatos que me apretaban y cincha tan resocada que no me iba a dejar ni respirar. Esa vez dí en la luz de lo avisada que era la negra Pascuala Francis, porque me dijo:

—¿Sabe, Mundo, que usted no va a servir para ese hueso?

—Y ¿eso por qué?

—Yo le he visto su trato con los prójimos. Es

hombre de una sola pieza. Y para coger cargo de nunca, hay que tener dos almas y estárselas entrecambiando: la propia y de entre casa, y la otra, que es la de afuera y como ajena; la que hay que echarse al pecho para poder manejarse con éstos, y con aquéllos—. Y me torció el ojo para que le viera la intención, pues cuando dijo éstos, señaló el grupo de linieros que estaban jugando dados en la mesa, y cuando dijera aquéllos, alargó la trompa hacia las oficinas de la compañía, que quedaban a dos o tres caitazos de la fonda.

—A usted entre los dos le van a volver vinagre la sangre y a agriar la leche de la vida, que la tiene tan blanca.

Negra más entrometida. Con aquello, me puso la cabeza hecha un disparate; pero como yo me sabía algo entradillo en letras y en numeritos de sumar y restar, y naide me tenía, que yo supiera, por flojo ni cobarde, pensé que la mujer se me estaba sobrepasando de suspicaz y teniéndome en poco más o menos.

—Pues yo creo que no soy ningún niño de mandados. ¿Acaso no me has visto de contratista entredermelas bien con mi cuadrilla, y al mismo tiempo dárme las con mister Smith y mister Sand casi de igual a igual? Los muchachos me tienen voluntad; y eso que les derrito el sebo haciéndolos machetear mis famosos chapías; mientras que los machos esos yo creo que hasta me estiman.

—Pero ya verá que ahora no va a poder seguir en éstas. Se va a quedar o con Dios o con el Diablo. Y allá le dejé ir la gran pachotada:

—Mirá, negra chumeca; andáte vos a restregar la ropa y limpiar de alepates las tijeretas de tu fonda, que anoche por poco me dejan sin sangre en el cuerpo, y dejáme a mí mandarme por mi cuenta.

La negra cerró la boca, pero yo vide que se guardaba encuevadas su huacal de razones. ¿No ven que allí mismo yo, para mis adentros, me las estaba diciendo en lugar de ella? De capataz de cuadrilla y trabajando como contratista por su propia cuenta, uno es para el patrón grande casi un liniero más, y asina lo consideran; mientras que para los trabajadores a quienes les saca el unto, es el jefe y el patrón, pero un patrón que se las suda junto con ellos, que anda a escuadra y nivel como andan todos, y que en veces, si la suerte se echa a reír y le pela